



Lecciones del realismo político a un país que quiere superar la guerra

Si París es invadido por la anarquía –dije- y todo el reino es presa de la confusión, ¿creen que sólo el rey sufrirá?

Tocqueville¹

I La asincronía de mundos

No es el propósito de la política la felicidad humana; cuando la ha buscado, ha terminado por convertir el mundo en una pesadilla. La política tiene como propósito algo menos apasionante, pero no por ello menos valioso: la convivencia. El fin básico de la política es la paz, el orden. Comúnmente esto es olvidado. Cuando el orden se halla incuestionado comienza a ser tomado como un atributo natural. Sin embargo, su existencia constituye el resultado de grandes esfuerzos humanos. La paz es la obra esencial de lo político. Sin embargo, esto no le puede decir mucho a un ciudadano de los países del primer mundo. En efecto, las instituciones de sus Estados han llegado a un punto de solidez tal que hacen muy difícil pensar que el día de mañana no van a encontrar su lugar de trabajo debido a que se ha desatado una crisis política. Sin embargo, para un habitante del Congo o Darfur ésta ha sido la condición permanente desde el final del proceso de descolonización. Pareciera como si con el fin de la colonia y la llegada del principio del autogobierno nacional, también se hubiera marchado la poca estabilidad conocida por muchos habitantes del mundo (Collier, 2010). Por duro que esto suene, en estos lugares ha sido la ausencia de un poder centralizado la que se ha traducido, en las últimas décadas, en el padecimiento generalizado de sus habitantes.

Este patrón no es algo nuevo. Thomas Hobbes lo estableció hace más de cuatrocientos años cuando sustentó la existencia del Estado en el mantenimiento de una vida buena; por lo cual, su ausencia fue percibida como el peor de los males. La preocupación capital de Hobbes se situó así en la dicotomía gobierno – desgobierno.

No era su problema encontrar cuál era el gobierno más óptimo; o mejor, el gobierno más óptimo, para el autor inglés, era el que gobernara. Lo importante, según Hobbes, desde el

¹ Citado por Robin, C. (2009:145).



punto de vista de la necesidad humana básica, la vida, era que el gobierno existiera. Samuel Huntington escribió en 1972 que, en el futuro próximo, la distinción entre los Estados no radicaría en el tipo de gobierno que adoptaran sino en el grado en el que los Estados gobernarán realmente (1997). La embriaguez del fin de la guerra fría nos hizo olvidar este pronóstico. En efecto, pensamos que era la extensión de la democracia, nuestra democracia, el reto que le tocaba afrontar a la política. La existencia del orden se daba por descontado. La conclusión esperada de este proceso de democratización era la entrada triunfante al celebrado fin de la historia o fin de las guerras. Herederos de la tradición liberal kantiana supusimos que la extensión de la democracia armonizaba con la protección de los derechos humanos y el establecimiento de la seguridad global. Nuestras esperanzas no se fundaron sólo en las palabras: la guerra entre Estados desapareció, salvo contadas excepciones; la mayor parte de los gobiernos del mundo fueron accediendo a configurar sus regímenes bajo los parámetros básicos de decencia que exigen los derechos humanos; la conciencia moral universal ha sido cada vez más propensa a reaccionar, a través de la indignación y a veces hasta con medios materiales, para frenar el sufrimiento humano, sin importar donde se encuentre; hemos construido un tribunal penal de justicia permanente para juzgar crímenes contra la humanidad. El inventario de los logros no ha sido desalentador. Sin embargo, como pasa siempre, el futuro de nuestros deseos sobrepasa con mucho el de la realidad. De manera paralela a estos logros, hemos sido testigos del resurgimiento de fenómenos que creímos superados hace mucho. Las disputas religiosas, el desmembramiento de autoridades consolidadas, la privatización de la violencia y la institucionalización de sistemas de trabajo forzado se encargan de refutar obstinadamente la sentencia de Marx según la cual la historia se repite primero como tragedia y luego como farsa. Al parecer, sería más apropiado decir que la tragedia se repite una y otra y otra vez.

En un ensayo aparecido en 2005, el diplomático británico Robert Cooper dio cuenta de esta asincronía: mientras que los Estados de Europa, buena parte de América y de Asia se encuentran más allá de la soberanía tradicional y de las viejas disputas de la política del poder; los de África, Medio Oriente y algunos de América Latina –México o Colombia- se desintegran en guerras intestinas por la consecución de recursos, el establecimiento de identidades étnicas y religiosas, o la aparición de grupos criminales con capacidades de control sobre recursos y poblaciones. Según Cooper, el mundo parece hacerse



posmoderno y premoderno, simultáneamente. Según da cuenta el panorama actual, acertó. Por ello, el desafío actual de la política consiste en pensar las formas en que se debe responder a esta ruptura pues el lugar en la que se da es inevitablemente el mismo. En efecto, si el espacio global se ha vuelto cada vez más interconectado, si ya no es posible, en palabras de Bauman, elevar puentes sobre fosos (2004) que permitan protegernos de lo externo u obviar las desgracias que padecen los habitantes de otras latitudes, los países occidentales deben hacer frente a las crisis de gobierno que afectan “ese espacio premoderno” de los Estados fracasados, pues sus repercusiones también se harán presentes, tal como se dejó en claro en New York, en sus suelos.

II La política y las manos sucias

Michael Walzer preguntaba si es posible que, alguna vez, un hombre llegara a enfrentarse a una situación en la que deba escoger entre dos formas de actuar, siendo ambas incorrectas. El filósofo norteamericano sugirió que sí y que tal situación puede ocurrir cuando alguien se ve obligado a escoger entre un principio moral importante y evitar un desastre inminente: “un determinado acto puede ser la forma correcta de actuar en términos utilitaristas y, aun así, convertir al hombre que lo realiza en culpable de una incorrección moral” (2010: 386). A este dilema le dio el nombre del de las manos sucias y subrayó que es propio de la política. El político debe saber que, en determinadas condiciones, debe ensuciarse las manos.

Sin duda, el precedente más conocido de esta postura es Maquiavelo y su postulado de que el hombre de Estado debe saber cómo no ser bueno. Con esto el florentino ya señala el carácter perturbador y paradójico del campo de la política. Es perturbador porque la política no enseña a ser bueno de otra manera; si así fuera, no habría tensión ni paradoja en ella. Un terrorista o fanático no está sometido a esta paradoja. Para él, asesinar a inocentes no conlleva ningún problema moral. Es más, su moral así lo exige pues esos que asesina, según su perspectiva, ni siquiera son inocentes. La coherencia de su argumento es devastadora: si el mundo está dividido entre malos y buenos, y sólo los propios son los buenos, la muerte del resto está plenamente justificada. Para el terrorista no hay dilema. Cada acción que realiza coincide con el deber ser. Por su parte, la acción política es trágica pues como lo ha puesto de manifiesto Isaiah Berlin, está sometida a la elección y “cada



elección es una pérdida irreparable” (2002: 55). El político sabe que a veces debe actuar -o dejar de hacerlo- traicionando sus principios y que esto es lo mejor que puede hacer.

La coherencia no es la virtud capital de la política. Uno de los grandes aportes de Max Webber consistió en mostrarlo. La política está sometida a las demandas de lo urgente. Es lo circunstancial lo que marca el rumbo de la política y no los programas universales. Si los sucesos ameritan romper con principios establecidos, el político no puede vacilar. ¿Estaríamos dispuestos a elegir un jefe de Estado que no esté preparado para ensuciarse las manos con el fin de asegurar nuestra protección? Stephen Krassner hizo de esta pregunta el tema de un ensayo titulado *El día después*, cuyo argumento se basa en la posibilidad de que el gobierno recurra a prácticas ilegales para evitar un ataque terrorista. Lógicamente, ésta no es una condición deseable (2005). Es más, ojalá el jefe de Estado nunca tuviera que decidir en semejantes condiciones. El asunto es, sin embargo, que esta situación es una posibilidad y desafortunadamente, no una remota en las condiciones actuales. Las revelaciones de Eduard Snowden, ex agente de la CIA, son un claro ejemplo de ello.

Insertos en una tradición de pensamiento que va desde el liberalismo de cuño lockeano al marxismo, siempre hemos sospechado de las prácticas del poder político. Desde la comodidad espiritual que proporciona la ética de las convicciones, hemos desdeñado la política por no ajustarse a nuestras férreas exigencias morales. El carácter transitorio y negociador de la acción política ha sido asociado de forma errónea y sistemática con la búsqueda mezquina de intereses particulares. Con esto se ha invisibilizado que la virtud política consiste precisamente en poderse ajustar a las variables condiciones que plantean las necesidades humanas. Si los conflictos humanos tuvieran una respuesta absoluta y definitiva, la política y sus prácticas serían prescindibles en algún momento. La sabiduría política responde a la contingencia de los hombres. Por eso, más que una práctica de carácter monolítico, debe estar atravesada por dosis de discrecionalidad. Por lo menos así nos lo ha enseñado la escuela realista de pensamiento. Creer que hay fórmulas universales que permiten dar cuenta de y solucionar la infinita variedad de los fenómenos que existen en el universo político es un espejismo gratificante, pero también muy peligroso. La funcionalidad de la moral, las normas y los procedimientos convencionales está sobradamente probada en condiciones normales; pero, ante la eventualidad de las



crisis, las normas y los procesos pueden no constituir más que un preludio al desastre o un impedimento para superarlo.

III Modestia política

René Girard resumió adecuadamente el carácter que ha tenido la política en la modernidad: su esencia ha consistido en diferir los males (2010). La política le va saliendo al paso a los problemas; no puede ofrecer más que soluciones precarias. Su estructura, y esto se lo debemos plenamente a Hobbes, está orientada no por la esperanza de lo que los hombres puedan lograr sino por el miedo a que se repitan los desastres que ya se han provocado. Corey Robin llamó a esto el argumento del terror en Hobbes (2009). En efecto, la obligación política en Hobbes no se fundamenta con el propósito de alcanzar un *Sumum Bonum*; ha sido su búsqueda lo que ha conducido a los hombres a la guerra civil, pues la felicidad no depende de la naturaleza de las cosas sino de impresiones particulares. Por esto, la realización del contrato, en Hobbes, no presupone uniformidad de valores; si esto fuera un requerimiento, su construcción hubiera sido imposible o innecesaria. El único dato objetivo con el que se cuenta en el momento del contrato es el deseo de los hombres por realizarlo: se quiere la paz pero no se comparten los mismos valores; se busca evitar el sufrimiento y el terror propios de la condición natural, pero no se tiene la misma concepción de vida buena. La grandeza de Hobbes consistió en hacer manifiesto que, para que los hombres puedan vivir juntos, no tienen que compartir los mismos valores sino las instituciones que hagan respetar las condiciones necesarias para que cada uno persiga su concepción de vida buena.

Para Hobbes, el principio que determina la condición humana o el estado natural del hombre es el sufrimiento y la vulnerabilidad. Así, la búsqueda que unifica a los hombres es de carácter negativo: evitar esta condición. La política moderna surge en este contexto. El Leviatán y la política hobbesiana, contrario a lo que comúnmente se refiere cuando se critica al autor inglés, tienen un propósito modesto pero fundamental: evitar que la barbarie de la guerra continúe. Propósito que como bien señala Hobbes sólo se puede obtener de manera precaria. Hobbes es consciente de que las instituciones políticas no pueden lograr la unidad moral de los hombres o la modificación de la naturaleza humana. Aquí no hay pretensiones utópicas o totalitarias. Las instituciones sólo pueden mediar en los conflictos de los hombres, contenerlos o canalizarlos, pero nunca acabarlos. Superar



definitivamente los conflictos humanos supone que existen y son realizables concepciones universales de justicia o de bien y si algo hemos aprendido de la historia de nuestras sociedades es que la justicia, más que un principio a priori por implantar, es el resultado de la práctica política, de concesiones y negociaciones, muchas veces dolorosas y moralmente incómodas. La justicia no es algo que esté aguardando por ser descubierto, antes bien, la forma que adopte está determinada por los conflictos más urgentes que atraviesa cada sociedad, por esto nunca podrá ser universal o absoluta. El carácter de la justicia dependerá, a fin de cuentas, de los requerimientos que la política haga de ella.

IV Por qué es necesario el realismo político

Si el problema que azota actualmente a buena parte del tercer mundo es el desmoronamiento de los Estados y las guerras civiles, la justicia tendrá que ser ajustada a los requerimientos necesarios para poner fin a esta situación. Si la función de la política hoy es detener a los terroristas, grupos armados, mercenarios y pistoleros, y a todos los que hacen de la creación del desorden su negocio y su condición de posibilidad, muy probablemente tendrá que recurrir a prácticas que decepcionen nuestros estándares habituales de decencia para poder tener éxito. Esta es una tensión irremediable en la condición histórica que vivimos. Como lo ha hecho notar Ignatieff, a una conciencia moral como la Occidental, heredera de los horrores del Holocausto - y por esto intransigente en lo que compete a la impunidad en la violación de derechos o en la aceptación de gobiernos no democráticos-, le toca hacer frente a problemas de inicios de la modernidad que requieren, para su superación, de altas dosis de impunidad y hasta de la instauración de formas de poder no democráticas para ser solucionadas (2002). Si es cierto, como afirma Cooper, que actualmente existe una asincronía en las realidades que atraviesan las distintas partes del planeta, será necesario acostumbrarse a los dobles estándares como la manera más apropiada de hacer frente a estas situaciones. Exigir a comunidades que nunca han gozado de los beneficios de un Estado, que para poder superar la condición de desgobierno que padecen, deben hacerlo desde el respeto absoluto por los derechos de todas las generaciones y a partir de la instauración de una democracia plena, liberal y pluralista, “es someterlas a pasar por un proceso histórico para un problema que no han tenido” (Zakaría, 2003:159). Como ha insistido Orozco Abad, esta conciencia humanitaria o moral de Occidente puede constituir un obstáculo para la necesidad más urgente que tienen millones de personas actualmente: un Estado fuerte que logre parar y someter los



horrores de la violencia privada (2005). La encrucijada en la que puede estar presa esta conciencia moral, debido a sus exigencias, es que destinada a detener las violaciones a los derechos humanos puede estar facilitando su perpetuación. La gente que más sufre actualmente lo hace porque no tiene un Estado que la proteja de las violencias privadas. Si se quiere poner fin a esta situación, es necesario tener claridad en los objetivos que persigue: la garantista sociedad lockeana sólo fue posible cuando el Leviatán hobbesiano logró someter los grupos de violencia privada. Los derechos comenzaron a surgir cuando hubo un poder unificado que los proveía.

Aquí no estoy haciendo una apología del poder absoluto. Claro que el poder desmedido que encarnaron Estados como los totalitarios, para dar un ejemplo, explica la desgracia a la que se sometió a millones de personas. La idolatría del poder ha conducido a la humanidad a valles de lágrimas que no quisiéramos volver a ver jamás. Sin embargo, a estos valles de lágrimas entramos engañados por la promesa de que la política era el vehículo que permitiría alcanzar nuestros más encumbrados proyectos. Cada vez que la utopía ha hecho presa de la política, el derramamiento de sangre ha estado asegurado. Las mejores intenciones mezcladas con una práctica, la política, que tiene en la fuerza su instrumento primordial, no pueden desencadenar sino en una violencia incontenida y avasallante. En efecto, el medio tiene que corresponder con las exigencias del fin: ¿Cuánto poder se necesita para perfeccionar al hombre? ¿Qué límite se le puede poner a la extensión global de la libertad? El poder, en su faz más terrorífica, no lo hemos conocido cuando la política busca asegurar mínimos. Como anota Gray, la política se convirtió en el campo de los más terribles despotismos cuando devino un escenario para la transformación del mundo (2008). No sé si es cierto que de buenas intenciones se haya empedrado el camino al infierno; de lo que sí puedo dar fe es que el querer implantarlas, por la fuerza, ha hecho que no tengamos que aguardar mucho para empezar a padecerlo.

Oakeshott dijo alguna vez que el logro más importante del realismo político consistió en separar la fe –religiosa o laica- de la política (1997). El realismo político siempre entendió la actividad de gobernar como el ejercicio para mantener el orden; nunca lo planteó como una actividad minuciosa y vigilante que tuviera como meta la redención mundana de los hombres. La teoría del poder propia del realismo nació siendo limitada. Al contrario, el aumento del poder pugna siempre en dirección de las grandes hazañas. Siglos de mala lectura e interpretación han hecho ver al realismo como el responsable y justificador de



los peores crímenes cometidos por el Estado. Esta es una acusación absurda. No creo que Robespierre o Mao, figuras paradigmáticas del terror de Estado, tuvieran en Hobbes el mentor e inspirador de sus programas políticos. Así mismo, y como lo puso de manifiesto Fukuyama en un artículo donde arremete en contra de sus antiguos correligionarios, la empresa neoconservadora y utopista norteamericana de implantar la democracia y las libertades occidentales en todo el mundo, incluso a punta de pistola, obedece a una filosofía que tiene más en común con el ardor misionero y fanático del leninismo que con la vieja pragmática maquiavélica de la razón de Estado (Neumann, 2008).

La política, desde la tradición del realismo, debe ordenarse a impedir y superar los grandes males, no a provocarlos en aras de satisfacciones morales o de justicia. Esto nunca será fácil de aceptar. Es más, muchos verán este llamado a la incoherencia moral y a la modestia política con indiferencia e incluso indignación. Sin embargo, no es nuestra coherencia moral ni nuestras ilusiones políticas lo que más debemos temer perder en los lugares donde la violencia reina; es la vida de la gente.

Sabemos que la mayor amenaza en el mundo de la posguerra fría es la que representan los países sometidos a guerras civiles - tanto para sus pobladores como para la estabilidad global en general. Por esto, la cuestión crucial para los que nos dedicamos a pensar estos asuntos es pensar la manera en que esto debe ser solucionado antes de que cueste más vidas. Este texto procura hacer un llamado a que haya un lugar para el realismo, en la toma de estas decisiones.

V. Conclusión.

Sabemos que hoy, en el país, una victoria militar para derrotar a los grupos armados y poner fin al conflicto armado, no es posible –por lo menos no en el futuro inmediato. El único camino que nos queda para terminar con este estado de cosas es la negociación. La tarea parece política, entonces.

Esta alternativa demanda, para tener éxito, grandes costos, renunciadas. ¿Qué es preferible, la paz o la justicia? Es una elección trágica, desafortunada, dolorosa, pero el país debe hacerla llegado el momento. Quienes defienden la paz argumentan que la utilidad de ésta es mayor pues termina con la condición de posibilidad para que siga habiendo víctimas: la guerra. Su argumento es básicamente de futuro. Quienes defienden la preeminencia de la



justicia, en cambio, reclaman el pasado, la memoria, lo que no debió haber sucedido, pero sucedió; las verdades, las responsabilidades. Un país que vive entre dos mundos o temporalidades –o quizá más- ¿llegará a un acuerdo sobre lo que quiere dejar atrás, solucionar?

Bibliografía:

Bauman, Zygmunt (2004). El eterno retorno de la Violencia. En: *Modernidad y Violencia Colectiva*. Jostxo Beriain (Ed.). Madrid: Centro de Investigaciones sociológicas.

Berlin, Isaiah (2002). *El fuste torcido de la humanidad*. Barcelona: Península.

Collier, Paul (2010). *Guerra en el Club de la miseria*. México: F. C. E.

Cooper, Robert (2005). The Post-modern State. En: *Reordering the World: the long term implications of September 11*, editada por The Foreign Policy Centre. pp. 9-22.

Girard, René (2010). *Clausewitz en los extremos*. Buenos Aires: Katz.

Gray, J (2008). *Misa negra o la muerte de la utopía*. España: Paidós.

Hobbes, Thomas (2009) *Leviatán*. México: F.C.E

Huntington, Samuel (1997). *El orden político en las sociedades de cambio*. España:

Paidós.

Ignatieff, Michael (2002). *El honor del guerrero*. Madrid: Punto de lectura.

Krassner, Stephen (2005). El día después. En: *The Foreign Policy en Español*. No. 7. Febrero-marzo de 2005. pp. 76-77.

Oakeshott, Michael (1997). *La política de la fe y la política del escepticismo*. México: F. C. E.

Orozco Abad, Iván (2006). *Combatientes, rebeldes y terroristas*. Bogotá: Temis.

Walzer, Michael (2010). *Pensar políticamente*. España: Paidós.

Zakaria, F. (2003). *El futuro de la libertad*. España: Taurus.



Foro del Suroriente

Diálogo de Saberes y Oportunidades de región

28 Y 29 de mayo de 2015
Sonsón - Antioquia